

En recuerdo de la memoria de nuestro querido amigo y colega Alejandro Duimovic Marusic

Por Gabriela Verdugo, compañera de universidad, ex colega y amiga



Alejandro ingresó a la escuela el año 1968, tuvimos algunos cursos y actividades en común, en ese tiempo, en el área de horticultura que comprendía frutales, hortalizas y flores. Desde siempre fue una persona especial: alto, delgado, con abundante cabellera y un vozarrón que se reconocía donde estuviese. Comenzamos casi simultáneamente a trabajar. Partimos nuestra carrera en la categoría de instructor que correspondía al primer nivel de la carrera de docente e investigador. Recién nos habíamos titulado en una Escuela muy distinta a la actual, por ejemplo, la biblioteca era sólo un armario, no había fotocopias, había frecuentemente problemas de teléfono y muy serias dificultades de locomoción hasta la Palma.

En este entorno difícil se formó Alejandro, con una profunda vocación de agrónomo y de profesor. Para él la docencia era algo innato tenía el poder de atraer a sus alumnos y la habilidad de encantarlos, aunque estuviera tratando temas áridos y difíciles.

Era un profesor exigente pero sus amenas clases, llenas de historias y “tallas” les permitían a los alumnos relacionar conceptos y recordarlos.

Solo quiero recordar una anécdota que lo refleja completamente, teníamos oficinas continuas separadas por delgados paneles de madera. Una mañana entra una estudiante a darle explicaciones por no haber hecho un trabajo que debía entregar ese día. Alejandro la escuchó unos minutos para luego decirle: “No puedo aceptar tus excusas, yo tengo cáncer y nunca he dejado de hacer las clases y nunca he puesto mi enfermedad como pretexto para un incumplimiento”. La estudiante salió llorando y yo entré a decirle algo así como ¡Se te pasó la mano! No alcancé a hacerlo y me dijo “Se lo que piensas, pero mi obligación es enseñarle a esta alumna lo importante que es la responsabilidad profesional”.
¡Qué más puedo agregar Maestro!

Gabriela Verdugo.